

## **Misa en memoria de Benedicto XVI (05/01/23)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Excelentísimo sr. Nuncio Paolo Rocco Gualtieri

Excelentísimo sr. Obispo de Puno, Monseñor Jorge Carrión

Querido Monseñor Juan José Salaverry, obispo auxiliar de Lima

Hermanos del Cabildo Catedralicio

Autoridades presentes

Miembros del Cuerpo Diplomático

Hermanos y hermanas

Venimos de una jornada larga. En la madrugada de Lima, en la madrugada del Perú, empezaron las exequias del Papa Benedicto, y el Santo Padre quiso recordar cómo la vida del Papa Benedicto había sido siempre, como dice la última parte de la lectura de hoy (Lucas 23:33-56), una entrega a las manos del Espíritu de Dios (*“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*). Por esa razón, algunos elementos de esa Homilía pronunciada esta madrugada para nosotros, conviene que la saboreemos, porque, quizás, aquí esté la clave de lo que la humanidad necesita para salir de tantos entrampamientos y problemas que el propio Papa Benedicto supo comprender en la compleja realidad del mundo e intentó, en lo posible, de ayudar a que la humanidad pudiera encauzar un camino nuevo en la época que le ha tocado vivir a él, en la parte final, el inicio de la terminación del mundo moderno.

*«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» - dice el Santo Padre - es la invitación y el programa de vida que inspira y quiere moldear como un alfarero (cf. Is 29,16) el corazón del pastor, hasta que latan en él los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. Flp 2, 5). Entrega*

*agradecida de servicio al Señor y a su Pueblo, que nace por haber acogido un don totalmente gratuito: “Tú me perteneces... tú les perteneces”, susurra el Señor; “tú estás bajo la protección de mis manos, bajo la protección de mi corazón. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas” [2]. Es la condescendencia de Dios y su cercanía, capaz de ponerse en las manos frágiles de sus discípulos para alimentar a su pueblo y decir con Él: tomen y coman, tomen y beban, esto es mi cuerpo, cuerpo que se entrega por ustedes (cf. Lc 22,19).*

Estas palabras, junto a otras, muestran cuánto ha considerado el Papa Francisco el ministerio movido por el don gratuito del amor que el Papa Benedicto nos supo brindar, no solamente como Papa, sino ya como laico, como sacerdote, como obispo y como teólogo.

Y es que, si hay algo imprescindible en la fe cristiana, es partir de que nosotros recibimos un don gratuito que, si lo dejamos, nos va guiando por la vida y nos cambia. El mundo moderno que Benedicto criticó tan fuertemente viene de la auto referencialidad de una manera de actuar y de vivir en donde todo lo pone la ambición, los propios proyectos, el individualismo, la relativización de todo en función del interés particular, y la ausencia de reconocer que todo lo que tenemos ha sido dado, ha sido regalado y, por lo tanto, hemos de vivir compartiendo el regalo del amor que se nos ha dado.

Por eso, dentro de las Cartas Encíclicas que el Papa Benedicto escribió, sobre todo, *Deus Caritas Est* (Dios es Caridad, Dios es Amor). Cuando escribió esto era porque se decía que el Papa Ratzinger insistía mucho en la fe y en la verdad de la fe y, finalmente, reveló que la verdad de la fe es el amor, y que no hay manera de ser creyente sin

experimentar, primero, el amor y luego, compartirlo. El amor recibido se comparte. Y esto es un gran desafío para nuestra Iglesia porque, si nosotros no somos la Iglesia que comparte el amor dado a cada uno de nosotros y a la comunidad, nuestra Iglesia se vuelve infecunda, una Iglesia que no evangeliza (ya en términos del Papa Francisco), una Iglesia que no es misionera en el mundo y que no comparte el amor gratuito que ha recibido, es una Iglesia que se encierra en sí misma y se vuelve tan egoísta como el mundo.

Y, por eso, el Papa Benedicto tuvo la grandeza de espíritu de ir a los problemas más álgidos de nuestra época, no solamente en el mundo, en donde criticó hondamente el relativismo, sino, también, en la propia Iglesia, afrontando el gravísimo problema de la violación de personas inocentes realizadas por el clero. Y tuvo la valentía de sacar del estado sacerdotal a más de 400 sacerdotes e, inclusive, obispos y cardenales.

Solamente una persona que se deja llevar por el amor gratuito tiene la autoridad para poder hacer algo tan fuerte y, simultáneamente, tan partícipe del dolor ajeno y, especialmente, del dolor de los maltratados, de las maltratadas, de los inocentes, de los pobres. Por eso, nosotros debemos muchísimo también por esa manera de enseñar que tuvo Benedicto XVI en el Perú, debemos muchísimo los aportes que nos dio para encauzarnos e ir al centro de nuestra fe durante el periodo que fue Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (y luego, Papa).

Están en nuestra memoria los días que visitó el Perú como cardenal, y sabemos muy bien que, cuando fue a Villa María del Triunfo y a Villa El Salvador, escuchaba a las mujeres, y una de ellas le habla y le cuenta la pobreza en la

cual vivía, pero la fe que tenía a pesar de todo (porque era agente pastoral). Y a Benedicto le salían las lágrimas de ver que sentía que el Evangelio se lo comunicaba esta persona pobre y sencilla.

El Papa Benedicto tuvo como presidente y prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe que examinar y evaluar las doctrinas en América Latina y, especialmente, en la Iglesia peruana. Y tuvo la grandeza de examinarla, no solamente en la doctrina escrita, que fue algo muy bueno, porque pidió muchas veces esclarecimientos de cosas que consideraba ambiguas. Hay la gran respuesta del teólogo que más renombre ha tenido en América Latina sobre la Teología de la liberación. Tuvo la grandeza de escuchar, de separar el grano de la paja, de pedir cambios y rectificaciones y, simultáneamente, de consolidar la grandeza de una opción preferencial por el pobre que, además, en la reunión de Aparecida, logró reafirmar públicamente diciendo que la opción preferencial por los pobres está enraizada en la más antigua cristología del Nuevo Testamento.

Solamente una persona que es amada gratuitamente y que considera que esa es la única verdad verdadera para el ser humano, tiene la grandeza de espíritu para dialogar y no condenar a priori, sino para hacer preguntas e hipótesis, establecer diálogos e investigaciones.

Permítanme compartir una cosa que no es conocida: el Papa mandó (cuando era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe) una comisión de once teólogos de primer nivel a insertarse en la vida de los pobres para ver cuánto era verdad si se decía que era herejía, cuánto había y cuánto era verdad si esa teología y esos frutos de evangelización liberadores con los pobres eran o no válidos

para la fe. Y los once teólogos, dirigidos por un gran teólogo que todo el mundo conoce, monseñor Gerhard Müller, que venía dirigiendo esa comisión, hizo un gran informe que permitió, no solo decir que la Teología de la liberación, en absoluto, tiene que ver nada con la violencia, sino que en los lugares en donde había evangelización liberadora, verdadera con los pobres, los pobres han erradicado la violencia de esos lugares. Y, por eso, la Universidad Católica concedió a monseñor Müller el Honoris Causa (como también se lo había otorgado al entonces cardenal Ratzinger).

Esas anécdotas, hermanos, nos muestran la grandeza de espíritu de alguien y nos enseña que las cosas no se resuelven a patadas, que no se resuelven con ánimos de ambición, con desesperaciones y gritos, porque nosotros creemos en el *siervo sufriente que no bocea por las calles ni apaga la mecha mortecina, ni quiebra la caña que está por romperse*. Es el siervo que sabe esperar en las situaciones para poder juzgarlas. Hoy día, que estamos en el drama de nuestro país, la actitud humilde y sencilla del Papa Benedicto es gran enseñanza porque, justamente, por no desesperar, sabe hacer lo que es conveniente en cada situación concreta en forma inteligente, inspirada en el Señor.

Y, como hemos mencionado desde este ambón muchas veces durante el año pasado, la palabra “renuncia” es una palabra cristiana, profundamente católica, el aprender a renunciar a mis ambiciones, el reconocer mis límites, el estar dispuesto, si no se es capaz, a dejar paso a otro. Qué mejor hubiera sido hacer un acto así en varias instancias que todavía se pueden hacer si es que es necesario para que todo marche y vayamos todos unidos.

El Papa se dio cuenta de que la complejidad que venía era incompatible con la edad que tenía y, por esa razón, decidió hacer un acto de humildad y fue capaz de hacer una cosa totalmente novedosa. En un artículo que aparecerá la próxima semana, en el prólogo de un libro que se va a llamar “Escritos espirituales de Benedicto XVI”, el Papa Francisco recuerda unas palabras que hacen ver cómo cuando estamos disponibles al Señor, el Señor nos va haciendo y rehaciendo. Este libro, que cuenta los últimos escritos espirituales del Papa Benedicto XVI, se va a llamar: “Dios es siempre nuevo, escritos espirituales”. Y, en ese texto que escribe el Papa Francisco, dice que, justamente, como Dios es un evento de amor, ese evento de amor permanentemente es novedad, es renovación, es transformación profunda de la realidad desde lo más hondo, y es transformación histórica capaz de revolucionar al mundo con novedades extraordinarias.

Por eso, en ese libro, el Papa dice: “No somos un centro de producción, no somos una empresa finalizada al provecho, somos Iglesia. Y ser Iglesia es ser comunidad, es ser casa de acogida, es ser aliento y esperanza para la humanidad”. Y estamos agradecidos porque, a nosotros también, con su paso por los distintos problemas que hemos tenido en nuestra historia, y cabe mencionar aquí, el problema que tuvimos en la Universidad Católica. El Papa también nombró una comisión antes de renunciar, que es la que empezó los trabajos culminados después brillantemente por el Papa Francisco, respecto a la Universidad Católica del Perú.

Demos gracias a Dios por la vida de este hombre ilustre y, simultáneamente, humilde. Los que hemos tenido oportunidad de vivir en Roma lo hemos visto muchas veces

en la Plaza de san Pedro con su maletita, y lo hemos saludado. Y solamente con tocarle la mano, sabíamos que estábamos tocando la mano de un santo. Siempre fue todo fragilidad y sencillez, una sonrisa sutil y, aquí también está uno de sus amigos, monseñor Jorge Carrión, que vivió en Alemania y lo conoció también.

Estamos muy agradecidos a todo su paso por nuestra historia, paso sencillo, paso discreto, pero paso que ha marcado nuestra vida eclesial. Les estamos agradecidos a todos también por venir, hoy día, y vamos a pedir que su ser pleno, como dice el Papa hoy día: “Y, ahora, escucharás siempre la voz de tu amado”. Y, por esa razón, vamos a dar gracias para estar todos disponibles a dejarnos transformar por el Espíritu Santo que es el que puede hacer nuevas todas las cosas.